

Dr. Álex Gómez-Marín

Con prólogo del Dr. Manuel Sans Segarra
y epílogo del Dr. José Miguel Gaona

LA CIENCIA DEL ÚLTIMO UMBRA

Un viaje a los límites de la vida, la muerte y la consciencia



temas de hoy



DR. ÁLEX GÓMEZ-MARÍN
LA CIENCIA DEL ÚLTIMO UMBRAL

Un viaje a los límites de la vida, la muerte
y la consciencia



temas de hoy

© Álex Gómez-Marín, 2025
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© por el prólogo, Manuel Sans Segarra, 2025
© por el epílogo, José Miguel Gaona, 2025

Las ilustraciones son obra de Katarina Bolanča

© Editorial Planeta, S. A., 2025
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025
ISBN: 979-13-87869-13-7
Depósito legal: B. 16.120-2025
Composición: Compuesto en M. I. Maquetación, S. L.
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



ÍNDICE

PRÓLOGO	11
PREFACIO	17
1. Mi experiencia cercana a la muerte	21
2. Experiencias cercanas a la muerte (ECM)	35
3. Evidencias y posibles explicaciones	49
4. Implicaciones	73
5. Las cuatro estaciones de la supervivencia de la consciencia	87
6. Cuentos cuánticos	105
7. ¡Pseudociencia!	121
8. La herida fundacional de la ciencia	133
9. El nacimiento de la ciencia de la consciencia	151
10. La mente extendida	173
11. Inteligencia artificial	181
12. El cerebro permisivo	193
13. Una ciencia de lo imposible	211
14. Que la ciencia no se convierta en la nueva religión	225
15. Esto es solo el principio	237

EPÍLOGO	245
APÉNDICE. Casi todo lo que siempre quisiste saber sobre la muerte (y nunca te atreviste a preguntar)	249
AGRADECIMIENTOS	259
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	265

1

MI EXPERIENCIA CERCANA A LA MUERTE

Era un domingo cualquiera. O quizás no. 21 de marzo de 2021, inicio de la primavera. Me sentí débil durante todo el día, como si mi corazón hiciera grandes esfuerzos para irrigar la sangre por mi cuerpo. El día anterior había vomitado tras una comida fuera de casa. No le di mayor importancia. Pensé que el vino me había sentado mal. Fue un error confundirlo con mi propia sangre.

Al caer la tarde del domingo estaba claro que algo iba muy mal. Fui al baño varias veces. Entendí que aquello no era vino. Mi mujer no dudó en llamar a una ambulancia. Yo proteste con timidez, con ese tópico estúpido «no hace falta, estoy bien».

La ambulancia se demoró. Y además se perdió. Entonces vivíamos en medio del campo y no era fácil saber exactamente nuestra dirección (la casa no tenía calle ni número). Junto con mis dos hijas, mi mujer me llevó en coche a una rotonda desangelada donde la ambulancia me esperaba. Me despedí de las tres de una forma imprecisa, como alguien que dice adiós sospechando que se va por largo tiempo, pero sin maletas.

Qué atardecer tan sombrío viví en el largo trayecto hasta llegar al hospital. En seguida me pasaron a una sala aparte. Tras unas breves pruebas innecesariamente invasivas, decidieron concederme la pulsera del «todo incluido». Pasé allí la noche, expectante, sin saber todavía el qué (ni el cómo, ni el porqué), compartiendo habitación con un hombre mayor que roncaba como un tren de mercancías.

Al día siguiente, lunes por la mañana, vino la doctora especialista en digestivo. Después de comprobar que seguía haciendo «melenas» (un tipo de deposición compuesta de sangre digerida o, dicho en plata, mierda asquerosamente pestilente proveniente del infierno), estaba claro que había una fuga de sangre en algún lugar de mi tubo digestivo. No sabíamos más. Casi todo era una incógnita y algo de misterio.

Es normal sangrar hacia afuera, ocasionalmente, cuando uno se hace una herida. Pero, al parecer, mi cuerpo lo estaba haciendo hacia adentro y sin cesar. Estaba dejando escapar la vida. ¿Acaso también simbólicamente? Sigo meditando sobre el significado oculto de la sangre (derramarla puede ser un crimen, pero también un acto de culto o sacrificio; el «sagrado oficio»). No sabría cómo explicarlo, pero intuyo que algo en mí había decidido poner en marcha este terrible proceso para mi propio beneficio...

Empezamos con la procesión alopática de pruebas a ciegas que, en última instancia, me salvaría la vida. Si la medicina es una ciencia, no es del todo exacta. Gastroscoopia el lunes. Todos queríamos pensar que, con suerte, sería una úlcera y que, simplemente, la cauterizarían (quemando el vaso sangrante para cerrarlo) y se solventaría el asunto. Pastillitas digestivas recetadas de por vida y todos contentos (las farmacéuticas y yo). Pero nada, no encontraron nada sospechoso en mi estómago.

Al volver de la prueba era la hora de comer. Me trajeron pollo. Lo comí con ansia, pues no había cenado nada la noche anterior. Esa misma tarde, creo recordar, fui al baño, excreté melenas en estallido y, acto seguido, me desmayé. Las enfermeras ya me habían advertido de no cerrar la puerta con pestillo. Suelo ser obediente en lo aparentemente irrelevante. Me desperté de una bofetada allí mismo sentado en el váter. Sentí que regresé de algún lugar... Experimenté que despertaba, pero al revés, como quien se queda dormido en un sueño. Mi consciencia se trasladó de repente de vuelta al hospital desde un espacio mental remoto pero familiar. Me sorprendí al encontrarme allí, en el baño, de nuevo. Era como si en el fondo yo perteneciera también a ese otro mundo, en lugar de solo a este.

Con cierto alboroto me llevaron en brazos a la cama entre varias personas. Para mitigar el desmayo, me pusieron las piernas en alto. «¡No me quiero morir, tengo dos hijas pequeñas!», dije llorando, cogiendo de la mano a una de las enfermeras, mientras ella me miraba fijamente a los ojos por encima de la mascarilla y por debajo del pañuelo que le cubría el pelo. Recuerdo que tenía acento extranjero. Ya no me dejarían levantarme más de la cama (ni para hacer mis necesidades). Me pasaría casi dos semanas tumbado. Es increíble como uno se olvida incluso de andar cuando no se practica.

Ella (olvidé su nombre) y otras enfermeras maravillosas me acompañaron atendiéndome discreta y amorosamente durante varios días en el hospital. También recuerdo con agradecimiento e inusual admiración la labor de aquellas que me limpiaban el culo mañana, tarde y noche (mientras a los políticos se les llena la boca, también mañana, tarde y noche). Ellos salen en los tele-diarios a bolsillos llenos, mientras ellas sostienen en sus espaldas y en sus corazones el edificio quebrado de la sanidad pública.

Este incidente fue el primero de una serie de experiencias en «los márgenes de la consciencia» que viviría en el hospital, un lugar extraño que se convirtió en inesperado laboratorio personal de lo intangible, hibridando de forma poco glamurosa pero sumamente noble lo inmanente con lo transcendente.

Mi mujer había conseguido visitarme (con mi hija de diecinueve meses) ese mismo día por la mañana. Toda una hazaña que solamente ella, valiente, hábil y determinada, podía conseguir. Las reglas de la pospandemia prohibían la entrada a familiares. Por «seguridad» los pacientes debían afrontar lo desconocido de su *infirmity* en soledad. Me cuesta entender esa suerte de cruel indiferencia —en el mejor de los casos, pues en ocasiones intuyo que es francamente malévola— del sistema respecto a lo que un paciente en realidad necesita, además de suero, gasas y un televisor a monedas.

De todos modos mi mujer consiguió, no sé muy bien cómo, estar conmigo en la habitación, día tras día y noche tras noche. También tuve suerte de que las salas de pruebas, los quirófanos, y la unidad de cuidados intensivos (que días después visitaría) estuvieran reabiertos tras su cierre durante otra ola de la famosa plaga pocas semanas antes.

Al día siguiente, martes, creo que probamos con isótopos, una prueba atípica para determinar si el problema estaba en mi intestino delgado en vez de en mi estómago. Es un procedimiento de diagnóstico en el que, tras beber bario, se utiliza una máquina de rayos X para tomar imágenes del intestino a medida que el contraste lo atraviesa. Yo empezaba ya a estar frágil. La prueba se me hizo larga y tediosa. Tampoco encontraron nada.

Por suerte, el dolor no fue mi compañero de habitación. Sí lo fue la incertidumbre creciente ante un incidente que, a menudo que pasaban los días, se hacía más preocupante al ir des-

cartando tímidamente opciones a medida que me seguía desangrando por dentro. Iba contando las bolsitas de transfusión según me las iban trayendo. Ese oro líquido de la vida está a la par con los enigmas alquímicos de transmutación más fascinantes. Resulta que soy donante universal (mi sangre es la más preciada y la más escasa). En pocos días corría por mis venas más sangre de otros que mía. No sé qué pensar al respecto.

El miércoles, si mal no recuerdo, me mandaron a una gastroscopia de nuevo. No encontraron nada. Eso sí, esta vez presté especial atención a la breve pero reveladora caída al inconsciente que produce el Propofol, un anestésico de acción y recuperación rápida muy utilizado en los hospitales. De vuelta, la sensación de reinicio mental al despertar es maravillosa.

Cuando abrí los ojos algo me molestaba en la nariz. Me levanté con una sonda nasogástrica que me habían colocado durante la exploración. La anestesista me comunicó que la doctora había decidido que la llevara hasta la noche (fue una estrategia inteligente decirme eso para que no me la arrancara allí mismo). Llegó la noche, pero la doctora no llegó. Así que tuve que aguantarme y dormir tragando o escupiendo mis propias babas como pude. Ese humilde tubo me salvaría la vida unos días más tarde. Pero antes contribuyó destacadamente a mi humillación. Postrado en la cama, medio desmayado, sudado y sucio, defecando esa pasta fétida del inframundo y, ahora, además, regurgitando babas sin parar y sin poder respirar, hablar ni descansar bien.

Ese mismo día, antes de mi segunda gastroscopia, me pidieron que me tragara una cápsula que llevaba una cámara para sacar fotos a lo largo de mi tracto digestivo y así poder obtener alguna evidencia nueva. No se vio nada destacable, excepto un pequeño pólipo en el intestino delgado. Esa pequeña e inofen-

siva protuberancia en forma de coral endógeno en mis paredes internas podía esperar.

De hecho, unos meses más tarde, cuando toda esta historia pasó, los médicos me recomendaron otra intervención para extirparlo. Dudé, pues el vicio de la medicina moderna es exactamente «cortar por lo (in)sano». Pero al final acepté, pues el miedo a enfermar de nuevo llamó a la puerta (aunque, cuando uno abre, a menudo no hay nadie).

Lo sorprendente de este otro capítulo en toda esta historia (hemos viajado ahora de repente y brevemente a septiembre del mismo año) es que, cuando me desperté de la anestesia de esa otra intervención, el médico estaba sorprendido y enojado. No había rastro alguno del pólipo, solo la foto inequívoca del mismo, seis meses antes. Es curioso, el domingo anterior a la intervención, el 19 de septiembre, había hecho una «constelación familiar». Si buscáis en Wikipedia os dirá que es una pseudoterapia que ordena estructuras inconscientes en las relaciones familiares liberando patrones limitantes y proporcionando soluciones integrales a toda la familia al honrar a los ancestros y darles el lugar que merecen dentro de una red sana de vínculos familiares (creo que las guerrillas de escépticos de la Wikipedia tienen razón en todo excepto en el prefijo *pseudo*). Quería ver si podía desenredar algunas redes mal tejidas por mis ancestros que, aunque ya no estén, siguen de alguna forma aquí entre nosotros. Lo orgánico y lo transpersonal dialogan.

Cuento esto porque tras la constelación del domingo, el miércoles siguiente, el pólipo había desaparecido. ¿Casualidad o causalidad? Prefiero pensar en una tercera opción: el principio de orden no causal del psiquiatra austriaco Carl Jung, dentro de su teoría de las sincronicidades, que vincula lo que

sucede en la mente y en la materia mediante un orden más profundo que se expresa en coincidencias significativas.

Por cierto, el volcán de la Palma hizo erupción ese domingo. Vi la sangre de la tierra correr en forma de lava por la superficie arrasando con todo aquello que se cruzaba en su camino. Pensé de nuevo en el significado oculto de mi propia sangre.

Regresamos ahora al hospital, de nuevo, seis meses antes.

El jueves había programada una colonoscopia. Decidieron suspenderla. Me cambiaron de planta a un ala del edificio silenciosa y prácticamente vacía, en una habitación sin compañero. No había mucho movimiento en el hospital ese día. Se aproximaba el comienzo de la Semana Santa (y la luna llena). Oscureció pronto. De todas formas, apenas entraba luz por las ventanas del hospital durante el día. Esa tarde todo parecía un poco más lúgubre que las anteriores. Mi mujer iba y venía como una loca cada día de casa al hospital y luego de vuelta. Esa tarde, sin embargo, estaba con las peques. Me quedé solo.

Al atardecer, empecé a quedarme dormido y a despertarme sobresaltado, pues sentía que se apagaba mi consciencia al cruzar el velo de la vigilia. Me sucedió varias veces seguidas. Ese parpadeo de la consciencia me asustó muchísimo. Me caía de sueño, pero temía morirme si me dormía. Sospechaba que mi mente se apagaría y no despertaría jamás.

Apreté el botón «del pánico» para avisar a las enfermeras. Vinieron un par de veces y me aseguraron que todo estaba bien. Pero ¿qué sabrán mis constantes vitales de mis perspectivas mortales? Por un momento me cruzó por la cabeza la idea de que quizás me iba a morir. Entonces me dije a mí mismo «mañana tu mujer cumple cuarenta años; no le hagas esa putada de regalo; ¡no te mueras!, no te mueras hoy y, a poder ser, tampoco mañana».

Quiero destacar que ni tenía fiebre ni estaba tomando medicamentos que pudieran producirme efectos secundarios, alucinaciones u otros delirios. Estaba transitando más bien en una suerte de Ramadán involuntario, sin comer ni beber nada durante varios días, y con suero fisiológico de gotero.

Entonces sucedió... Empezó a suceder... En dos actos. Primero la visión del «fuego que no quema en mi cabeza» y, acto seguido, «la luz al final del túnel».

Después de esos parpadeos de la consciencia, finalmente me quedé dormido. Tuve un sueño. ¡Un gran sueño! Esa tarde tuve una visión espectacular.

Cruzaba la calle mientras un gentío abarrotaba las esquinas. Vi un camión de bomberos. Era como si estuvieran preparados para algún tipo de espectáculo pirotécnico, desfile, carnaval o fiesta mayor. Y, de repente, la gente desapareció y me encontré en un pueblito pequeño con suelo y paredes de piedra. Poco a poco, empezaron a aparecer animales mitológicos, criaturas híbridas gigantescas, como un oso polar con cabeza de jirafa o un cocodrilo con cuerpo de león. ¡Qué bellos y qué impresionantes! Cada uno de esos seres majestuosos medía como diez metros de alto. En sus cabezas ardía un fuego fantástico que no se consumía. Uno a uno, fueron andando por encima de mí en procesión, inclinando sus cabezas y colocando ese fuego que no quemaba ni se consumía encima de la mía. Luego siguieron su paso hasta la periferia del pueblo, donde se convirtieron en alfombras voladoras de mil colores y se perdieron tras las montañas y las nubes a lo lejos durante un atardecer precioso. Entonces desperté.

No tenía ni idea de lo que había sido aquello. Años más tarde aprendí que hay criaturas muy parecidas en distintas culturas, como los alebrijes mexicanos, fascinantes seres mitoló-

gicos con cuerpo y cabeza de animales distintos, y cuya presencia simboliza buena suerte y protección en el contexto del Día de los Muertos. Se les considera guías espirituales, una suerte de protectores, que además nos relacionan con la creatividad y la imaginación, y con las fuerzas de la naturaleza.

Maravillado, me encontré de vuelta en mi habitación, vacua y monocromática. Estaba más relajado. Me dormí de nuevo y entré en otro estado de consciencia. El siguiente sueño tampoco fue un sueño (ni una visión). Yo diría que fue algo más. Un encuentro, quizás. Algo simple y más real que lo real, yo le llamo «el abrazo dorado»:

Estaba en un pozo (un pozo muy parecido a uno que conozco bien). Miré hacia arriba. Vi a tres figuras que me esperaban amorosamente en la luz, esta era amarilla (parecida a la de los animales mitológicos del encuentro anterior). El contorno del rostro y cabello de cada una de esas figuras se delineaba a la perfección a contraluz. Sus cabezas configuraban un triángulo perfecto en el círculo de la apertura. Sabía quién era cada uno de ellos; no eran familiares difuntos, sino guías espirituales. No sentí miedo. Me ofrecían una especie de cañas para salir del pozo.

Tuve la certeza de que si aceptaba su ayuda no habría vuelta atrás. La comunicación era sutil, sin palabras. Diría que casi sin pensamiento. Allí uno piensa y habla poco o nada. Allí simplemente uno sabe. De manera sosegada les transmití que declinaba su invitación de salir del pozo. Decidí regresar. Y, sin más, me desperté de nuevo en la habitación. Todo el episodio podría haber durado un segundo o una hora. No importa, pues, en ese espacio, el tiempo tiene un *sabor* distinto.

No recuerdo si al despertar supe lo que acababa de suceder, lo que esa experiencia significaba. Tampoco recuerdo si antes

de mi ingreso en el hospital había leído sobre experiencias cercanas a la muerte. Quizás pude haber oído hablar de ello en algún programa de televisión, pero no era un tema que me interesara en especial ni mucho menos que hubiera investigado. Al rato llegó mi mujer. Le conté la visión de los animales de fuego, pero no la del pozo. No hablaría de ella en público hasta al cabo de un año (no sé si por miedo al juicio o porque suficiente trabajo tuve en recuperarme física y vitalmente). Me encontraba de verdad débil. No me apetecía ni que me cogiera la mano. Llegó la noche. El aire de la habitación empezaba a condensar gotas de impaciencia, incluso de desesperación.

Al día siguiente celebramos el cumpleaños de mi mujer (si eso se puede llamar celebración). Al menos dimos gracias por seguir respirando juntos. Ese día no hubo pruebas. Ese día no hubo nada. Solo espera. Por eso se nos llama «pacientes» a los pacientes de hospital... Pasaron viernes, sábado y domingo sin novedades de los médicos, más allá del protocolario saludo de quienes estaban de guardia haciendo la ronda habitación tras habitación. La sonda nasogástrica me torturaba. Y las melenas continuaban, a pesar de llevar días sin probar bocado, alimentándome de suero. Solo quedaba resistir y esperar ansiosamente algún tipo de novedad (ya no digo milagro) al reanudarse la semana.

El lunes por la mañana por fin pasó la doctora de nuevo. Le rogué que me sacara la sonda. Ella insistió en que aguantara. De hecho, parecía sorprendida de que no me la hubiera quitado yo mismo durante el fin de semana. Sus visitas eran breves, dulces y eficaces. Esa mañana creo que no tenía ningún gran plan para mí. Sin embargo, justo cuando ya se despedía, me miró con sorpresa y excitación, sonrió, sacó rápidamente su teléfono del bolsillo de su bata blanca y llamó al equipo de

gastroscopias. Les dijo que se prepararan, pues me mandaban para abajo de inmediato. ¿Qué había sucedido? Algo simple pero crucial: la doctora vio subir algo de sangre fresca por el tubo transparente de la sonda justo entonces, evidencia de que el sangrado venía del estómago y de que, en ese momento, estaba activo. Era ahora o quizás nunca.

Me bajaron rápido a hacerme otra gastroscopia. Dicen que a la tercera va la vencida. Abajo no solo estaba el personal de los otros días (a quienes ya empezaba a conocer y quienes me conocían como «el chico joven del sangrado misterioso»), sino que había más gente, algunos incluso sin bata. Eso me desconcertó. Parecía que habían llamado a otros médicos sénior y a personal de administración para observar la intervención y valorar el caso. Los veía de reojo al fondo de la sala mientras el Propofol obraba de nuevo el milagro del sueño inconsciente. Creí que allí mismo acabaría todo para empezar de nuevo.

Al despertar les pregunté cómo había ido. Me dijeron que no habían conseguido cauterizar la herida, pues había demasiada sangre coagulada, o algo así. No lo recuerdo bien. Yo me encontraba fatal. Mi vista se empezó a nublar, como si me pusieran un filtro en el cristalino. ¿Sería otra visión? ¿Una premonición con correlatos fisiológicos?

Me durmieron de nuevo para intentarlo una vez más. No pudieron. Ya no desperté allí, sino en una camilla tomando curvas suavemente, pero con determinación, de camino a algún lugar del hospital. Hay un hilo en mi memoria muy fino de todo aquello, como quien apenas despierta tras una borrachera o como cuando mi padre me llevaba del coche a la cama tras un largo viaje. Creo que iba con Paco, el camillero (con quien meses más tarde saldría a hacer ciclismo de carretera), con mi mujer y con algunos doctores. Los oía hablar, pero no entendía

qué decían. Le pidieron autorización a mi mujer para operarme a vida o muerte. Ella firmó.

Me llevaron directamente a quirófano. Me operaron de urgencia el lunes 29 a primera hora de la tarde. Si allí tuve otra ECM (experiencia cercana a la muerte), no lo recuerdo (dos y media en menos de una semana habría sido pedir demasiado). Pasé la noche en la unidad de cuidados intensivos. Es como dormir en el cielo. La cama parecía una nube. Bien sedado y recién cosido estuve varias horas en un limbo. La tarde y la mañana son lo mismo allí. Salí pronto del paraíso medicalizado. Me mandaron de nuevo a planta.

Ya estaba. Ya pasó todo. Me habían abierto el estómago como un monedero y neutralizado la hemorragia (encontraron dos puntos de sangrado en una lesión llamada Dieulafoy en honor al cirujano francés que la describió por primera vez). El resto de la historia es la de una recuperación típica, relativamente lenta y un tanto dolorosa. Sentarme en posición vertical me mareaba. Andar parecía imposible. Cuando me dieron el alta, me habían crecido la barba y el pelo. Perdí trece kilos en el hospital. No solo estaba hecho un cristo, sino que parecía tal cual Cristo resucitado.

De vuelta a casa, mi hija pequeña no me reconoció. Yo tampoco me reconocía a mí mismo. Pasaron meses hasta que no me extrañaba al verme reflejado en el espejo. La mayor se me aproximó con dulzura, incluso compasión, y me acarició. Cada noche durante la cena me cogía de la mano. Me llevé del hospital mucho, incluido un *tatuaje* de recuerdo: una cicatriz de un palmo del ombligo al esternón. Recordatorio de lo frágiles (y afortunados) que somos. Me la veo cada día en el espejo.

Dos mujeres se hicieron cargo: la cirujana que me operó y la doctora de digestivo que llevó mi caso. Mi mujer estuvo allí

conmigo en cuerpo y alma. Mi madre y mi suegra vinieron de Madrid a ayudar con el cuidado de nuestras hijas. También mujeres, las dulces enfermeras y las estoicas de la limpieza del hospital. Gracias a todas... De verdad. Sostenéis el mundo con vuestras manos, cabeza y corazón.

Pasaron días, semanas y meses hasta que fui recuperando mi energía física y vital. No me puse a reflexionar sobre mis experiencias de inmediato. Trabajo tenía con dormir sin que me doliera todo o tan solo andar. Parecía un anciano de casi cuarenta años. Mi energía mental estaba por los suelos. Siempre leo, pero durante mi convalecencia no fui capaz ni de coger un libro. El único que conseguí abrir fue, curiosamente, *La creación de la experiencia*, de Jacobo Grinberg.

Tengo como una especie de amnesia de ese periodo de recuperación en casa. Como si todo fuera muy despacio y rodeado de niebla. No noté cambios en mí, pero algo se había transformado. Quizás donde más empecé a notar mi transformación fue en la cotidianidad. En casa soy el encargado de la cocina y, por aquel entonces, no teníamos lavaplatos. Antes de mi viaje al hospital maldecía tener que fregarlos cada noche. Después de mi viaje, daba gracias cada noche por estar vivo, haciendo esa tarea tan tediosa pero maravillosa. Sonreía mientras aclaraba el jabón.

Si tuviera que resumir en una frase lo que me sucedió en el umbral, diría que fui espolvoreado con una lluvia de oro fino. Quizás podríamos llamarlo «el abrazo dorado...». Lo que vas a leer a continuación es resultado de lo que allí se plantó, gracias a la intervención de esos animales maravillosos y los tres seres de luz al final del pozo. Una maldición puede convertirse en una bendición en el momento menos pensado.

